

aquí la alegría; pero no muy exaltada sino con cierta melancolía que luego se trasluce y va creciendo suavemente hasta que domina del todo: „¡O hermosura de los antiguos tiempos que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no queda entre nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria!” He aquí la alegría que inspiraba la primera parte moderada ya por una idea muy desconsoladora. *¡Ah infelices de nosotros!* veamos ahora la perspectiva completamente variada: las naciones orientales han desaparecido, y los oyentes no pueden distinguir ya sino á sí mismos. „Hemos pecado, continúa, y nuestra gloria por esto nos abandona: vuela mas allá de los mares: un nuevo pueblo nos la arrebató. Esto es, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.” He aquí á la Francia que por cierta especie de encanto vino á reemplazar á las regiones del Oriente: he aquí una perspectiva óptica de las mas bellas: es la imágen de un cielo puro que repentinamente se vé cubierto de nubes espesas que arrebatan el día y la luz á los ojos de los hombres. Un cuadro nuevo se descubre á los espectadores; por que la alegría que en la primera parte se respira, no queda ya sino en la clase de *una triste y vergonzosa memoria*. ¡Hé aquí al verdadero orador!

SEGUNDA PARTE.

AL principio de la segunda parte Fenelon pinta con la mas varonil y rica elocuencia la proscripción de los judíos y la defección de la creencia católica en las vastas regiones del Levante, „de donde la fè, dice, se levanta sobre nuestras cabezas como el Sol. ¿Que ha sido de aquellas famosas Iglesias de Alejandría, de Antoquía, de Jerusalem, de Constantinopla, que tenian subordinadas á sí otras innumerables? Allí es donde por espacio de tantos siglos sufocaron los mas negros

„errores aquellos concilios y pronunciaron oráculos „que vivirán eternamente; allí es donde con tanta „magstad reynaba la antigua disciplina, modelo por „el cual suspiramos hoy en vano. Aquella tierra „estaba regada con la sangre de los Mártires; ex- „halaba el perfume de las vírgenes; el mismo desierto florecia con sus solitarios. Pero todo ha „sido asolado en aquellas montañas que destilaban „leche y miel, y donde pacian libres de todo re- „celo los rebaños de Israel. ¡No son ahora mas „que cavernas inaccesibles de serpientes y basiliscos!

„¿Que ha quedado ya de las costas de la „Africa, donde las juntas de los Obispos eran tan „numerosas como los concilios generales, y donde „la ley de Dios aguardaba su explicacion de la „boca de Agustin? Yo no veo mas que una tierra „despidiendo todavia el humo del rayo que Dios ha „lanzado sobre ella.

„Nada puede presentarse, dice Maury, superior á este último rasgo que envidiaría á Fenelon la inspiracion mas poética: pero yo me engaño, por que va á verse otro movimiento oratorio de una impetuosidad aun mas vehemente y una pintura de costumbres ejecutada con un buril mucho mas profundo y enérgico. Es ese hacinamiento de ideas de un efecto siempre progresivo cuyo poder á veces desplagan los grandes oradores para subyugar y arrastrar á su auditorio, precipitando, por decirlo así, con la rápida aceleracion de un grande rio una elocuencia impetuosa cuyo movimiento continuo arrastra todo lo que encuentra en su curso.”

„¿Que haría la religion cristiana mas tiem- „po en aquellos pueblos corrompidos hasta la raiz, „que no llevan el nombre de fieles sino para de- „nigrarlo y profanarlo? Cobardes é indignos Cris- „tianos, por vosotros el cristianismo está envile- „cido y desconocido, por vosotros el nombre de „Dios es blasfemado entre los gentiles; no sois „mas que una piedra de escándalo en las puertas

„de la casa del Señor para hacer caer á todos aque-
 „llos que se dirigen á ella en busca de Jesucris-
 „to..... El orgullo ha roto sus diques
 „è inundado la tierra; todas las condiciones se han
 „confundido; el fausto se llama cultura; los insen-
 „satos arrastran á los prudentes y los hacen se-
 „mejantes á ellos; la moda es una ley tiránica á
 „la cual se sacrifican las mismas leyes; el último
 „de los deberes es la satisfacción de las deudas;
 „los ministros del púlpito no se atreven á interceder
 „ya en favor de los pobres á vista de la multitud
 „de acreedores que hacen subir sus clamores hasta
 „el Cielo. Así es como la justicia hace enmudecer
 „á la caridad; pero la justicia misma no es escucha-
 „da..... La simplicidad, la modestia, la fru-
 „galidad, la probidad exacta de nuestros padres
 „pasan por virtudes rígidas y austeras de un tiem-
 „po demasiado burdo. Bajo el pretexto de civili-
 „zarse, los hombres desfallecen en el deleite al paso
 „que se obstinan contra la virtud y el honor; ca-
 „da día se inventan hasta lo infinito necesidades pa-
 „ra autorizar las pasiones mas odiosas. ¡Detestable
 „refinamiento de nuestros dias, monstruo de nues-
 „tras costumbres! La miseria y el lujo se aumentan
 „como de concierto; prodigamos nuestro propio inte-
 „res, para ser devorados muy pronto por la codicia de
 „lo ageno. La ruina es el primer paso de la for-
 „tuna ¡Quién podrá soportar las altanerías locas
 „que afecta el orgullo, ni las bajezas infames que
 „el interes obliga á cometer? Ya no se conoce
 „mas prudencia que el disimulo, otra regla de las
 „amistades que el interes, ni beneficio alguno que
 „conserva la adhesion de los hombres desde que se
 „les encuentra inútiles ó fastidiosos. Gastados has-
 „ta la medula de sus huesos por los sacudimientos
 „y encantos de violentos y refinados placeres, los
 „hombres no encuentran mas que una enfadosa dul-
 „zura en los consuelos de la vida inocente; y des-
 „de que no se sienten animados por los furores de
 „alguna pasion, caén en las mortales languideces

„del fastidio. ¡Es esto ser cristiano? ¡Vamos, va-
 „mos á otras tierras donde no estemos reducidos á
 „ver tales discipulos de Jesucristo! ¡O Evangelio!
 „Es esto lo que vos enseñais? ¡O fé cristiana!
 „¡Vengate! ¡Deja caer una eterna noche sobre la
 „faz de esta tierra, de esta tierra cubierta con un
 „diluvio de iniquidad!

Pero veamos por último y sin lisongearnos
 „cuales son los recursos que nos quedan. ¡Que
 „autoridad será bastante á enderezar unas cos-
 „tumbres tan depravadas? Una sabiduria vana y
 „sin sobriedad, una curiosidad soberbia y desen-
 „frenada arrastra los espíritus; el Norte no cesa de
 „producir nuevos monstruos de error; entre estas
 „ruinas de la antigua fé todo cae, todo cae como
 „á pedazos, y el resto de las naciones cristianas
 „resiente las consecuencias de este formidable gol-
 „pe; vense los misterios de Jesucristo sacudidos con
 „fuerza hasta sus fundamentos; hombres profanos
 „y temerarios han salvado las barreras y enseña-
 „do á dudar de todo; esto es lo que oimos todos
 „los dias; un ruido sordo de impiedad que viene
 „á herir nuestros oidos, despedaza nuestro corazon.
 „Despues de haberse corrompido en lo que cono-
 „cen, blasfeman de lo que ignoran. ¡Prodigio reser-
 „vado á nuestros dias! ¡La instruccion se aumenta
 „y la fé se disminuye! La palabra de Dios que
 „antes era tan fecunda llegaria á ser estéril entre
 „nosotros si la impiedad se atreviese á ello; mas
 „esta tiembla bajo el poder de Luis que semejan-
 „te á Salomon la disipa con sus miradas. Sin
 „embargo, entre todos los vicios ninguno se teme
 „mas que el escándalo; ¡que digo! el escándalo
 „mismo está en su colmo: por que la incredulidad
 „aunque tímida no está muda, pues sabe desli-
 „zarse blandamente en las conversaciones tan pron-
 „to con envenenados chistes, tan pronto con cues-
 „tiones en que se quiere tentar á Jesucristo á se-
 „mejanza de los fariseos. Entre tanto la ciega pru-
 „dencia de la carne que se arroga el derecho de

„moderar la religion, deshonor y enerva la poca fe
 „que queda entre nosotros. Cada cual marcha por
 „el camino que le señala su propio juicio, é in-
 „genioso para engañarse á sí mismo se forma una
 „falsa conciencia. Reconoced la autoridad de los
 „Pastores y lograréis la uniformidad de la disciplina.
 „El desarreglo incapaz de contentarse con que se
 „le tolere, quiere ser la regla misma y llama exceso
 „cuanto se le opone. La casta paloma, cuyo pa-
 „trimonio aquí abajo son las lágrimas, redobla sus
 „gemidos. El pecado abunda, la caridad se resfria,
 „las tinieblas se espesan, el misterio de la iniqui-
 „dad se forma y en estos dias de ceguedad y de
 „pecado hasta los elegidos serian engañados si pu-
 „dieran serlo. La antorcha del Evangelio que debia
 „dar la vuelta al mundo, termina su carrera. ¡O
 „Dios! ¡Que veo! ¡Donde estamos! ¡El dia de
 „la ruina está cercano y los tiempos se apresu-
 „ran á llegar! Pero adorémos en silencio y tem-
 „blando el impenetrable secreto de Dios.”

Así concluye Fenelon la segunda parte de este magnífico discurso. Tal vez ninguno de su clase podrá ofrecerse al paralelo, para obtener sobre esta pieza el fallo de una superioridad indisputable. Si se trata de las pruebas, ¡cuanto no resplandece aquí la copia mas sorprendente de doctrina, el predominio sobre la historia, la erudicion del mejor gusto, la mas adecuada y perfecta filosofia, la concordia de cuanto mas escogido abrazan en su inmenso conjunto la erudicion sagrada y la profana, con lo que mas arrebató y subyugó en un entendimiento claro y penetrante; las verdades austeras de la moral con los atavios primorosos y exquisitos de una feliz imaginacion! No se encuentran aquí ni las prolijidades que fastidian, ni las sutilezas que atormentan, ni las pesadas discusiones que cansan, ni las vanas imágenes que esterilizan, ni el follage y la hichazon que nunca satisfacen, ni la sencillez lánguida que obstruye la fuente del sentimiento, ni la luz que se ofusca, ni las flores que se marchitan.

Los movimientos tan suaves como el alma de Fenelon son tal vez mas irresistibles que la voz impetuosa de Bossuet. Sencillo pero al mismo tiempo elevado, aquel Orador estimable derrama la claridad sobre cuanto expone y levanta al mismo tiempo el espíritu de los fieles que le escuchan hasta la altura de sus grandes pensamientos. Su estilo se desliza como una blanda corriente, mas arrastra al mismo tiempo como los caudalosos rios; y mientras respeta en sus márgenes á la tierna y delicada rosa, postra en los bosques al orgulloso cedro y á la robusta encina.

EPILOGO.

¿Como cerrará el Orador esta obra maestra de la elocuencia religiosa? ¿Tronará como Bourdaloue contra los vicios de su patria? anunciará como Massillon el fin de los tiempos? ó descorrerá como Bossuet el misterioso velo del sepulcro ante un auditorio de reyes? No temais sorprender al Cisne de Cambray fuera de aquella tranquila y deliciosa senda tocada solo por su planta. Recorred el campo inmenso de la filosofia, subid á colocaros en las faldas del Pindo, examinad las correspondencias de una amistad sincera, escuchad los consejos místicos de las almas piadosas, dad la vuelta á la esfera indefinida de la política, id á conversar en el sepulcro con los que ya gozaron de la vida, pedid á la naturaleza que os revele sus arcanos, buscad finalmente al genio del Orador en el teatro vastísimo de la elocuencia; (*) y siempre encontraréis y por todas partes á este hombre privilegiado, á este vencedor sin vencidos, á esta alma feliz que no tuvo modelo; encontraréis por todas

(*) Alusiones todas á los diferentes géneros en que se ejerció Fenelon.

partes la sublimidad humilde, la serena ternura, el apasionado interes, la caridad inflamada, el prudente zelo, la dulzura inimitable, la imaginacion única, la virtud ilustre y seductora del amable Fenelon.

Vedlo cómo se recoge, cómo busca en la inmensa familia del genero humano aquellas pocas almas que en el silencio de su retiro conservan inextinguible la luz de la fé y el fuego puro de la caridad: vedlo postrado á los pies del trono del Eterno, deshecho en lágrimas y reclamando con ellas las gracias de la redencion. Su patria entonces presente á su espiritu, parece inspirarle aquellos sentimientos de ternura que fluyen de sus labios para elevarse hasta el cielo.

„Almas recogidas, exclama, almas fervorosas, apresuraos á detener la fé ya próxima á volar de entre nosotros. Sabeis que diez justos habrian salvado la Ciudad abominable de Sodoma que consumió el fuego del cielo. A vosotras corresponde gemir incesantemente al pie de los altares por aquellos que no lloran sus miserias. Oponed; sed el escudo de Israel contra los rayos de la cólera del Señor; haced violencia á Dios, mirad que así lo quiere; detened con vuestra mano inocente la cuchilla ya levantada.”

„Señor, que decis en vuestras escrituras:
„*Aun cuando una madre olvidase á su propio hijo, fruto de sus entrañas, yo no os olvidaré nunca: no aparteis vuestra presencia de nosotros. Que vuestra palabra crezca en esos reynos á donde vos la enviáis; pero no olvideis las antiguas Iglesias, cuyas ya mano habeis conducido tan felizmente para plantar la fé en esos nuevos pueblos. Acordaos de la silla de Pedro, fundamento inmóvil de vuestras promesas. Acordaos de la Iglesia de Francia, madre de la de Oriente y en la cual ha resplandecido vuestra gracia. Acordaos de esta casa que es la vuestra, de los obreros que ella forma, de sus lágrimas, de sus oraciones, de sus traba-*

„jos. ¿Que os diré yo, Señor, por nosotros mismos? Acordaos de nuestra miseria y de vuestra misericordia. Acordaos de la sangre de vuestro hijo que mana sobre nosotros, que os habla en favor nuestro y en la que ponemos toda nuestra confianza. Lejos de arrancar de nosotros según vuestra justicia esta poca fé que nos queda aun; aumentadla, purificadla, vivificadla. Que penetre todas nuestras tinieblas, que sufoque todas nuestras pasiones, que rectifique todos nuestros juicios, á fin de que despues de haber creído aquí abajo, veamos eternamente en vuestro seno lo que ha sido el objeto de nuestra creencia.”

He aquí una idea muy liera de esta obra incomparable de la oratoria cristiana. Ella contiene, como anuncié desde el principio, cuantas prendas caracterizan á un Orador de primer orden, puesto que se hallan aquí reunidas en alto grado la lógica, la poesia y las pasiones. Un raciocinio que incesantemente progresa y siempre con una rapidez asombrosa; ideas que se suceden con extraordinaria facilidad sin confundirse nunca; una verdad urgente y llena de insinuacion y de vida; imágenes ricas, pintorescas y dignas de figurar con brillo en los mas elevados poemas; contrastes muy seductores por su hermosura y naturalidad; cuadros escogidos en la historia con increíble economia, presentados con la mas clara concision y de aplicaciones tan felices, que persuaden mas altamente que los mejores argumentos; lo bello, lo grande y lo sublime, lo suave, lo fuerte y lo apasionado ocupando siempre aquel sitio que la critica tiene fijado ya y que les asigna el buen gusto: movimientos felicisimamente prevenidos y extraordinariamente variados, como la admiracion que suspende las potencias, ó tal vez el saludable terror que nos hace estremecer á vista de nuestro futuro destino. ¿Como caracterizar una elocuencia que así hace fluctar nuestro espiritu en un golfo de sentimientos tan varios y profundos? Unas veces nos deja pene-

trados íntima y profundamente de una desesperada tristeza; otras debilita con dulzura inefable tan horrible pasión para dejarla en un grado de melancolía dulce y atractiva, fuente perenne de las más plenas y satisfactorias delicias; hasta que por fin retirando muy lejos los términos de la esperanza, priva de su fuerza natural á nuestro espíritu, para dejarlo caer en esa languidez extremada que se parece tanto al postrer sueño del hombre.

Vense aquí juntas y mutuamente sostenidas la dialéctica triunfadora de Bourdaloue sin aquella erudición recargada ni el tono cuasi escolástico donde hallan algunos los títulos de su gloria, y muchos otros el menoscabo de su poder; la fecundidad prodigiosa de Massillon sin esas amplificaciones frías con que debilita la acción de su elocuencia, ni ese amontonamiento de ideas terribles con que agobia muchas veces, y los vuelos atrevidos, arrebatados y siempre sublimes, y siempre felices de la Aguila de Meaux. ¿Cual será pues el modelo de esta elocuencia singular que parece no asemejarse á ninguna? ¿En que fuente bebería Fenelon esta unción exquisita, esta persuación tan dulce, este derretimiento con que parece resolver nuestro espíritu con los transportes del amor? ¿Lo dire? No busqueis el modelo en Demóstenes, en Tulio ni en Bossuet: leed á Isaias el más sublime de todos los profetas: mirad cuán suavemente se comunica su inspiración al genio de este admirable Pontífice: mirad como brilla por todas las partes de este magnífico discurso esa poesía soberana que depositan las escrituras santas y que tanto ha elevado á Racine sobre Virgilio y á La Martine sobre Píndaro: pero leed sobre todo el evangelio, escuchad á Jesucristo en las situaciones diferentes de su peregrinación por la tierra: acordaos de aquella indeficiente y atractiva amabilidad que trascendía siempre á sus palabras, de la gracia interesante y tranquila de sus instrucciones, de aquella sabiduría profunda que los mismos ímpios

han admirado en sus discursos. Ved en el evangelio la verdadera fuente de la elocuencia sagrada y el ejemplar que tenía siempre á su vista el Arzobispo de Cambray.

¿Pero qué palabras bastarian á encarecer nunca esta pureza única de gusto, esta perfección inimitable de estilo, esta sobriedad poética de un genio inspirado que nunca abusa de sus tesoros, y esta ternura finalmente con que hubiera podido honrarse el mismo Virgilio? ¿No nos complacemos en sorprender en esta elevada sencillez al discípulo, al émulo, al eminente admirador de Homero? Al echar la vista por estas páginas de oro, ¿no nos creemos trasladados como por encanto á los tiempos felices de la culta Grecia?

¿Por que fatalidad inconcebible esos críticos minuciosos llenos de erudición y curiosidad y tan ansiosos de sorprender con mil descubrimientos al mundo literario, que ocuparon los mejores días de su existencia en analizar el siglo de Luis XIV, no han asociado, cuando se trata de la oratoria del púlpito, el amable nombre de este esclarecido Pontífice al de Bossuet, Massillon y Bourdaloue, que son justamente vistos como el glorioso triunvirato de la elocuencia religiosa? Si debemos lamentar á nombre de las letras, dice Maury, que Fenelon más amigo de Jesucristo que de la celebridad, contento siempre con abandonarse á las inspiraciones del momento, no nos haya dejado una galería de obras maestras para las cuales tenía elementos tan fecundos; no le rehusariamos sin injusticia y sin ingratitud esa gloria de que le cubren las dos producciones eminentes que legó á la admiración de la posteridad. No es la multitud sino la importancia de los títulos quien distribuye y fija los asientos en el Santuario de la gloria.

En vano llenaria muchas páginas desahogando sabrosamente los sentimientos que este discurso me inspira, porque no es dado transmitirlos ni pro-

tarlos al débil influjo de mi expresion. Hay en esta obra tal concurso de circunstancias, que para elogiarla dignamente seria necesario no solo poseer la materia con perfeccion, sino detenerse mucho en cada una de sus partes. Una de las cosas mas admirables en ella es la mezcla que descubrimos á cada paso de la sublimidad y la ternura: porque se hace increíble que hayan sabido asociarse constantemente dos sentimientos que si no son opuestos entre sí, á lo menos se hallan colocados á distancias inmensas. Lo tierno pertenece á esa belleza singular que parece nacida para mantener al alma en aquel suave y delicioso recreo que no se hermana casi nunca con los sacudimientos que causa lo sublime. Yo me fatigo buscando en los otros escritores un carácter semejante de estilo, y á la verdad no puedo encontrarlo. Cierto es que el alma del autor se pinta regularmente en sus obras, pero esta circunstancia es tan característica de Fenelon, que nos vemos tentados á reputarla por única. Su alma se mezcla en todo, y todo lo atrae con dulzura inefable: y nosotros no sabemos como definir esos trasportes continuos que tan profundamente nos arroban y esos golpes terribles que nos hacen estremecer, cuando todo conspira á la calma y todo anuncia la serenidad y la quietud. El panegirista de las acciones guerreras podrá tal vez unir su nombre al de los héroes que celebra, mediante los primores de un bello estilo; pero el que habla de las producciones insignes que enriquecen la literatura habrá siempre de resentir el humillante golpe que le prepara la desventaja de su posicion. El mejor modo, por no decir el único de alabar el genio oratorio, dice el autor citado, será siempre someterlo á la mas concluyente de las pruebas, la de referir textualmente no un bello pasage aislado que la casualidad pudiera ofrecer en una mala composicion; sino muchos de ellos bien sostenidos, por que solo así se conocen los talentos de primer orden á favor de unas obras esclarecidas y perfectas, á donde la mediania no toca jamás.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL SERMON DE LA IMPENITENCIA FINAL

PREDICADO

POR MASSILLON.

EL mérito de esta oracion se anuncia ya desde la feliz aplicacion del texto. *Ego vado, quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Quien toma por tema de su discurso una sentencia capaz por sí sola de conmover con una fuerza irresistible á todos aquellos, que en medio de sus desórdenes conservan aunque lánguidamente la fé del cristianismo, se anuncia ya desde el punto de partida como un hombre superior y dominante, que tiene en una mano la espada de la ley, y refrena con la otra las pasiones de los que le escuchan; que Señor absoluto de la materia que va á tratar, ni teme que le abandone la soberana inspiracion del genio, ni duda sojuzgar á los hombres y extender las conquistas de la cruz con el poderoso influjo de la palabra.

No extrañemos pues que inflamado el Orador al pronunciar aquella sentencia de Jesucristo, se aparte de la sencillez comun de los exordios, para abrir el suyo amagando fuertemente á los que le escuchan con los temores que naturalmente fluyen de una amenaza fulminada por la verdad eterna contra el pecador impenitente. *Si no os habeis estremecido, católicos, les dice, al ver pronunciar*